

mio, que había suscrito Osio de Córdoba. Valente y Ursacio, autores de la fórmula condenada, fueron los primeros en abandonarla porque Constancio, que presidía en persona á todos estos conciliábulos, pareció desearlo así. — Aecio y Eunomio fueron confinados á la Frigia, con setenta sectarios suyos. — La manía de concilios no hacia sino aumentar, en el emperador, con los años. Indicó uno general para el año siguiente en Nicomedia: mas desgraciadamente el 24 de agosto de 358 fué totalmente arruinada esta ciudad por un terremoto, y fué preciso pensar en otra. Este fué asunto de largas y serias deliberaciones en el concilio que se celebraba *permanentemente*, por decirlo así, en la corte que Constancio fijó en Sirmio por entonces. El 22 de mayo de 359 se firmó allí la décima profesion de fe, *expuesta*, dicen los obispos, *en presencia de nuestro señor el piadosísimo y victorioso emperador Constancio, agosto, eterno, venerable, en el consulado de Flavio Eusebio y de Hipacio, en Sirmio, á 11 de las calendas de junio*. El nuevo símbolo, que excluía la voz *sustancia*, como desconocida al pueblo y como ocasion de escándalo, fué suscrito por todos los obispos presentes en Sirmio, y mandado pasar como profesion de fe obligatoria á los dos futuros concilios; porque en el ánimo de Constancio, la idea de un concilio ecuménico reunido para dar mas brillo á la condenacion de los Anomeos, se mudó en la de dos concilios simultáneos por el Oriente y por el Occidente, uno de los cuales tendria lugar en Rímimi de Italia, para el Occidente, y otro en Seleucia de Isauria para el Oriente.

42. El concilio de Rímimi se juntó pues en junio de 359, sin mas convocacion que la del emperador; el papa Liberio ni fué consultado, ni aun invitado, circunstancia muy notable: porque en el caso de ser cierta su caída reciente, no se comprende cómo el emperador no se hubiera valido de ella para mostrar al universo el espectáculo de un Pontífice romano pactando con el arrianismo. Mas sea de esto lo que quiera, Liberio protestó mas tarde contra la irregular convocacion del concilio de Rímimi en estos términos: « Los Arrianos, hom-
» bres impíos y sacrílegos, han logrado en fin reunir los obis-

» pos de Occidente en Rímimi con el designio de seducirlos
» con discursos capciosos, y forzarlos, por imperial autoridad,
» á omitir un término que se había puesto con mucha sabi-
» duría en la profesion de fe, ó mas bien á condenarlo redon-
» damente. » Cuatrocientos obispos de la Iliria, Italia, África,
España, las Galias y la Gran Bretaña, entre los cuales ochenta
» solos arrianos, se hallaban en Rímimi. Los católicos cele-
braron sus sesiones en la iglesia mayor de la ciudad; y los
Arrianos, que se negaban á orar con ellos, se retiraron á un
oratorio vecino. Ursacio y Valente se presentaron desde luego
ante los obispos católicos, y leyeron la última profesion de fe
que habían hecho aceptar al emperador en Sirmio. Pero todos
los Padres la rechazaron con indignacion. « No nos hemos
» juntado aquí, decian, para aprender lo que hemos de
» creer: tenemos nuestra fe de manos de nuestros padres, los
» mártires y confesores, á quienes hemos sucedido, la tene-
» mos de manos de tantos santos como se reunieron en Nicea
» y de los cuales algunos viven aun. ¿Qué significa pues vues-
» tra fórmula fechada de ayer? ¿Es que no ha habido cristianos
» antes de esa fecha? Y tantos santos como antes de este dia
» reposan en el Señor, ó que han vertido su sangre por la fe,
» ¿ignoraban pues lo que habían de creer? » El concilio pro-
cedió en seguida al exámen de otras fórmulas de fe que los
Arrianos habían hecho desde veinticinco años hacia, y que
llegaban á cerca de cincuenta: todas, todas fueron desechadas
sucesivamente. El símbolo de Nicea, leído en seguida, fué
adoptado como expresion legítima, entera y completa de la fe
católica. Se redactó un decreto en este sentido, que fué suscrito
por todos los obispos ortodoxos sin excepcion alguna. Valente,
Ursacio, Cayo, Germinio y los otros herejes Arrianos fueron
condenados y depuestos de sus sillas en virtud de una acta
que se ha conservado y llegado hasta nosotros. — Hasta aquí
la conducta del concilio de Rímimi es irreprehensible, admira-
ble; y es porque sus deliberaciones aun no habían sido entor-
pecidas ni dictadas por la violencia; así es que se conserva en
ellas el verdadero espíritu de la Iglesia, á pesar de que Cons-

tancio habia enviado desde un principio á Rimini al prefecto del pretorio, Tauro, para observar las operaciones del concilio y vigilarlo. Mas el lugarteniente imperial no osó llevar adelante medidas de rigor en presencia de tan imponente mayoría de los católicos. Pero no tardó en mudar de aspecto el negocio. Diez diputados católicos habian partido de Rimini, encargados de poner en manos de Constancio la decision del concilio. Los Arrianos por su lado habian enviado otros diez de su faccion, los cuales á fuerza de diligencia llegaron primero á Andrinópolis, donde estaba entonces la corte. Fácil cosa fué para ellos prevenir el ánimo del príncipe á favor suyo, y cuando un poco mas tarde llegaron á su vez los diputados católicos, se les hizo una acogida fria y desdeñosa. Muy pronto se vieron entrapados, seducidos y engañados por las intrigas de los obispos arrianos, y despues de negociaciones en que se habian empleado sucesivamente promesas y amenazas, tuvieron la debilidad de suscribir á la profesion de fe arriana, redactada en Sirmio el 22 de mayo de 359. Constancio despachó inmediatamente á su lugarteniente Tauro la órden de hacer firmar dicha fórmula por todos los obispos de Rimini, y de principiar desterrando á los quince mas tenaces para aterrar con este golpe vigoroso á los demás. Desgraciadamente no fué necesario recurrir á tantos rigores: desalentados con la permanencia tan larga en país extranjero, espantados de las amenazas del emperador, el mayor número cedió y suscribió á lo que se quiso. Veinte solamente, entre los cuales san Febado, obispo de Agen, y san Servasio, obispo de Tongres, resistian aun. Ursacio y Valente les afirmaron y protestaron que la fórmula de Sirmio condenaba explícitamente la herejía arriana; que solo se habia omitido la voz *consustancial* para quitar ocasion á debates interminables; pues que por otra parte se profesaba en ella la doctrina de Nicea en términos equivalentes. Repitieron estas aserciones en una asamblea general del clero y de los fieles. Ursacio y Valente leyeron públicamente los anatemas siguientes:

Si alguno dijere que Jesucristo no es Dios, Hijo de Dios,

engendrado del Padre antes de todos los siglos, sea anatematizado.

Si alguno dijere que el Hijo de Dios no es eterno con el Padre, sea anatematizado.

Si alguno dijere que ha habido tiempo en que el Hijo no era ó existia ya, sea anatematizado.

Si alguno dijere que el Hijo es criatura como son las demás criaturas, sea anatematizado.

Todos aclamaron esta última proposicion sin apercibirse del veneno que ocultaba, porque los católicos entendian que indicaba que el Hijo no era criatura de modo alguno; pero Valente entendia que era criatura, aunque mas perfecta que las demás. En el fondo, á este mezquino equívoco, inapercibido en el momento, se debió el triunfo de los Arrianos; pero habian ganado el juego haciendo firmar un símbolo en el que no se hallaba la voz *consustancial*: así es que el papa Liberio se vió obligado á anular las actas del concilio de Rimini, y la historia vituperará siempre á los obispos que asistieron á él el haber abandonado con sobrada ligereza, aunque tal vez de buena fe, el símbolo de Nicea [en toda su integridad]. Tomaron pues todos el camino para sus diócesis sin ser inquietados. Ursacio y Valente se fueron á gloriarse ante Constancio del triunfo de sus intrigas.

13. Al llegar á la corte, hallaron en ella diputados del concilio de Seleucia, reunido desde el mes de setiembre de 359. Se hallaron en él cerca de ciento y sesenta obispos del Oriente, repartidos segun su creencia de esta manera: diez y nueve *Anomeos* ó Arrianos puros; ciento y cinco *Semi-Arrianos*, admitiendo la voz *semejante en sustancia*; y los demás, todos del Egipto, católicos celosos, ateniéndose incontrastablemente al término *consustancial* y al símbolo de Nicea: tal es la proporcion de los Padres de este concilio atestiguada por un testigo ocular, san Hilario de Poitiers, el cual, desterrado en la Frigia, asistió á este concilio, al cual asistian dos comisarios del emperador con tropas á sus órdenes. No era fácil hacer adoptar una profesion de fe que conviniera igualmente á las tres opiniones

opuestas. Acacio, obispo de Cesarea, cabeza del partido de los *Anomeos*, propuso una que fué desechada. Los Semi-Arrianos hicieron adoptar la del concilio de Antioquía, celebrado en 341, la cual consagraba su doctrina. Restablecieron en seguida á san Cirilo, injustamente desterrado de Jerusalem dos años hacia, y depusieron nominalmente, como herejes, á Acacio de Cesarea, á Jorge de Alejandría, á Eudoxio de Antioquía, á Patrófilo de Scitópolis, y algunos otros cabezas del partido *anomeo*. Las actas del concilio y la profesion de fe que se habia firmado, fueron llevadas al emperador al mismo tiempo que las de Rímini. Constancio, por propia autoridad, decidió que la fórmula de Rímini fuera la sola obligatoria: obligó á los diputados de Seleucia á suscribirla, desterró á Aecio á la Frigia, y en estas negociaciones pasó el año 359.

14. No se cerraba un concilio sino para abrir otros. A principios del año 360 hizo Constancio celebrar en Constantinopla con pompa inaudita la dedicacion de la basílica de Santa Sofía, que acababa de concluirse. Se aprovechó de la presencia de los obispos del Oriente llamados á esta funcion, para hacerles celebrar un concilio donde queria ver confirmada la profesion de fe de Rímini, de que estaba tan ufano. Se le otorgó cuanto quiso. Aecio fué anatematizado, como autor del escándalo y division de las iglesias, por obispos que pensaban exactamente como él. San Cirilo de Jerusalem fué segunda vez depuesto: Eudoxio se trasladó á sí mismo de Antioquía á Constantinopla, á cuyo obispo intruso Macedonio hizo deponer; así un usurpador nuevo sucedió á un antiguo usurpador en esta desventurada iglesia. El emperador, visto el resultado del concilio de Constantinopla, envió inmediatamente órdenes por todo el imperio para hacer suscribir la fórmula de Rímini, amenazando con pena de destierro á los oponentes. El temor hizo caer en la herejía gran número de obispos orientales. El papa Liberio y Vicente de Capua resistieron con valor á las amenazas como á las solicitudes: su firmeza consoló á los católicos y los mantuvo en su apego á la verdadera doctrina. Los obispos de las Galias tuvieron un concilio que se cuenta como el primero de

París, en el cual anularon todo cuanto habia sido hecho mal á propósito, ó por ignorancia, relativamente á la supresion de la voz *sustancia*. — Aun entre los obispos orientales, gran número de los que habian suscrito las fórmulas de los Arrianos, no abandonaban sino el término *consustancial*, mas guardaban el sentido [con otras expresiones] como que expresaba la fe de la Iglesia. Muchos de ellos repararon muy pronto la falta que habian cometido, y se declararon á cara descubierta por la doctrina de la consustancialidad, cuya fe habian conservado siempre en el fondo de su corazon. Por consiguiente su firma, favorable al arrianismo [en apariencia], desmentida por la doctrina que continuaban enseñando del dogma católico, no impedia pues que en el fondo no estuviesen mucho mas de acuerdo con los defensores de la verdad que con los Arrianos, cuya mayoría no era, en realidad, sino aparente. — La Iglesia de España mostró la misma decision y celo por la fe que la de las Galias. La defeccion de Osio [caso de ser cierta], si pudo ser allí asunto de profundo dolor, no acarreó ninguna otra desercion. Gregorio, obispo de Elvira, dió en particular muestras de una incontrastable firmeza, y resistió [como todo el episcopado español] á las solicitudes de los Arrianos.

15. El año 361 se abrió aun por otro concilio, mas este fué el último que reunió Constancio. Este príncipe, llamado al Oriente por la guerra contra los Persas, juntó número considerable de obispos, por los cuales intentaba hacer condenar á la vez la doctrina de los católicos y la de los Anomeos ó Arrianos puros, en favor de los Semi-Arrianos, cuyo partido habia adoptado. Sus intenciones empero no se realizaron; porque toda la atencion del concilio se fijó en la eleccion de un obispo de Antioquía en sustitucion de Eudoxio, trasladado de su propio motu y autoridad á Constantinopla en el año anterior. Católicos, Arrianos y Semi-Arrianos se disputaban la eleccion, y pretendian hacerla recaer en uno de su partido. La Providencia se encargó de hacer triunfar la buena causa; porque todos los sufragios recayeron en san Melecio, obispo de Sebaste. Desde su juventud, el nuevo patriarca se habia he-

cho admirar por la regularidad de su vida, mansedumbre y austeridad de costumbres. Era justo, sincero, sencillo y temeroso de Dios. Los Arrianos le creían suyo, y los principales promotores de su elección á Antioquía fueron Acacio de Cesarea y Jorge de Laodicea, los cabezas más acalorados del partido *anomeo*. El decreto de elección, suscrito por todos los obispos presentes, fué puesto en manos de Eusebio, obispo de Samosata. La llegada del patriarca á Antioquía produjo la mayor sensación: se esperaba con la mayor ansiedad el discurso de entrada, que debía de colocar á san Melecio en uno de los tres partidos que se disputaban el honor de creerle suyo. Constancio había mandado taquígrafos que escribiesen palabra por palabra el discurso del obispo: había además exigido que el texto del discurso fuese el pasaje famoso de los Proverbios en que se apoyaban principalmente los Arrianos para negar la eternidad del Verbo: *Dominus possedit me in initio viarum suarum* (*Proverb.*, VII, 22). Los Griegos interpretaban estas palabras en el sentido de que *el Señor había creado el Verbo al principio de sus caminos*. Según su interpretación, pues, el texto decía bastante claro que el Verbo no era más que una criatura. — San Melecio, sin curarse de las intrigas que corrían en torno suyo, comenzó su discurso en presencia de Constancio, de los obispos, de todos los altos personajes del imperio, y de una inmensa muchedumbre que acudió de todas partes á oírle. San Epifanio nos ha conservado el texto de esta alocución, toda llena de las mismas palabras de la sagrada Escritura. El patriarca declara redondamente que el Verbo es Hijo de Dios, Dios de Dios, solo de uno solo, semejante al Padre y su imagen viva. Explica el texto de los Proverbios según el sentido católico con otros pasajes análogos de la Escritura, y concluye reprendiendo la temeraria curiosidad de los herejes en querer escudriñar las profundidades de la naturaleza divina, desechando la sencillez de la fe. — Este discurso tan inesperado volvió á Constancio furioso. Apenas se habían pasado algunos días, cuando el patriarca fué arrestado y conducido en el mismo coche del gobernador para ser llevado al

destierro. Pero el pueblo de Antioquía, que ya había conocido las relevantes prendas y santidad de su patriarca, se amotinó y quería matar al gobernador, asentado en el mismo coche que su preso: debió su vida á la protección del mismo san Melecio. El emperador y los Arrianos que le dirigían sentían mucho ahora haber remitido á Eusebio de Samosata el acta de la elección de Melecio. Constancio le envió un oficial de su palacio pidiéndosela, con orden de cortarle la mano derecha si no entregaba dicha acta. El valeroso prelado, habiendo leído la carta imperial, presentó las dos manos al oficial, diciéndole: « Cortádmelas ambas, porque yo no daré ese decreto, que es » una pieza de convicción de la doblez de los Arrianos. » Respuesta tan intrépida desarmó al emperador, que no insistió más, y que no pudo menos de admirar tanta grandeza de alma. Mas para acabar con una elección más grata de obispo en Antioquía, hizo venir á un tal Euzoyo, uno de los primeros discípulos de Arrio, depuesto de su diaconado en Alejandría por san Alejandro. Con menosprecio de todas las leyes de la Iglesia, este diácono depuesto, y no rehabilitado, fué consagrado obispo por los Arrianos y proclamado patriarca de Antioquía.

16. Mientras se hallaba tan afanoso Constancio en juntar concilios, en mudar y cambiar fórmulas de fe, y recibía ufano de sus cortesanos el título de *Eterno*, había llegado ya el fin de su reinado y de su vida. El César Juliano, su sobrino, á quien había enviado á gobernar las Galias, acababa de hacerse proclamar emperador en la ciudad de Lutecia (París). Le faltaban á Constancio, según Libanio, el corazón de príncipe y la cabeza de capitán. Esta noticia le encontró sin valor y sin prevision alguna. Después de habérselo abandonado desde luego á una cólera estéril, y más tarde á una desesperación ó desaliento cobarde, se resolvió por último á marchar al frente de sus tropas contra el rebelde; mas le sorprendió la muerte en el camino. Espiró en Mopsucrena, en la Sicilia, después de haber tenido tiempo de ser bautizado por aquel Euzoyo de quien había hecho recientemente un patriarca intruso. La

muerte de Constancio salvaba á la Iglesia. Verdad es que tenia que pasar por la irónica y desdeñosa persecucion de un apóstata ; pero la fe nada tenia que temer de los esfuerzos del paganismo ; cuando al contrario podia perderlo todo cuando se hallaba entregada á los caprichos de una corte de eunucos y de un teólogo coronado.

17. Antes de dar principio al relato de las nuevas pugnas que tenia que sostener la Iglesia bajo el reinado de un emperador apóstata, durante toda una restauracion pagana, nos vemos obligados á volver atrás, para examinar y contemplar los grandes personajes históricos que sobresalieron, ya en Oriente, ya en Occidente, durante las contiendas teológicas de Constancio. Ocupados mas particularmente en el relato tan complicado de las discusiones arrianas, no hemos creido deber interrumpirlo intercalando algunas biografías que colocamos aquí en junto.

Los dos nombres que en el órden cronológico encontramos los primeros, son los de dos santos doctores, y dos ilustres amigos, Gregorio Nacianceno y Basilio Magno. Ya vinculados por la proximidad de sus dos ciudades natales, por paisanaje siempre fecundo en relaciones, sus corazones se unieron aun mas por una misma comunicacion de doctos estudios y de ejercicios piadosos. Gregorio, nacido en 316 en Nacianzo, tuvo por madre á santa Nona, por hermano á san Cesario, y por hermana á santa Gorgonia. A la época del nacimiento de Gregorio, su padre, cuyo nombre le dieron, era aun pagano, de la secta de los *Hipsistarios* (adoradores del Dios altísimo). Pero el cabeza de una familia de santos no tardó en abrir los ojos á la luz de la fe. Despues de su conversion mostró tal fervor é hizo tantos progresos en las virtudes cristianas, que cuatro años despues, á la edad de cincuenta y cinco años, fué elegido obispo de Nacianzo, y llegó, ejerciendo siempre un santo y laborioso episcopado, á una edad muy avanzada, pues que murió casi á los cien años. Gregorio, su hijo, desde los albores de su niñez fué colmado ya de gracias y bendiciones celestiales. En la edad en que las nociones del vicio y de la virtud

principian á desarrollarse en la conciencia, tuvo una vision maravillosa : vió á sus dos lados dos vírgenes vestidas de blanco, de majestad sobrehumana y de angelical modestia, que se inclinaban respetuosamente para darle un ósculo en la frente. Gregorio les preguntó quiénes eran, y le respondieron que se llamaban la una Castidad y la otra Templanza : que ambas asistian ante el trono del Rey de los cielos, y se deleitaban en la hermosura de las almas vírgenes. Le pidieron ambas su corazon, para que un dia pudiesen ellas presentarlo al Cordero entre el acompañamiento de las vírgenes que le seguian. Esta vision inflamó al jóven Gregorio en el amor de la virtud. Con un corazon puro habia recibido una inteligencia vasta, noble ; y su piedad se iba desarrollando al nivel de su ciencia. Despues de concluidos los estudios ordinarios que se hacian seguir á los jóvenes de esta época, se dirigió á Cesarea de Palestina, donde se hallaba fundada la escuela de Orígenes y la famosa biblioteca de su discípulo san Pánfilo, mártir, aumentada aun mas por el sabio Eusebio. — San Cesario, su hermano, habia ido á seguir el curso de un ciego muy docto llamado Dídimos, el cual habia como heredado la cátedra y la ciencia de Orígenes. Este Dídimos habia perdido la vista á los cinco años de edad : se hizo grabar el alfabeto en un madero, y logró ir leyendo con el tacto : tomó así lecciones de los mejores maestros, y á los cuarenta y cinco años de edad igualaba su ciencia á la de los mayores sabios. Su reputacion de elocuencia y la elevacion de su doctrina le hicieron escoger para jefe de la escuela de Alejandria. Mas ni su gloria ni su virtud pudieron consolarle enteramente de la privacion de la vista : y confesándose así ingenuamente un dia á san Antonio, que habia venido á verle : « Me extraño, le dijo el santo patriarca, » de que un hombre sabio y prudente como tú se entristezca » tanto por haber perdido lo que poseen una hormiga y un » mosquito, en lugar de regocijarse de poseer lo que han tenido los Santos y los Apóstoles. Vale mas ver con el ojo de » la inteligencia que con los del cuerpo, de los cuales una sola » mirada puede perder eternamente al hombre. » Gregorio